



Solamente di la palabra

(basada en Mateo 8,5-10, 13)

Durante varios días, Jesús había estado en la ladera de la montaña enseñando a la gente acerca de los caminos de Dios. Cuando descendió de la montaña, entró en un pueblo en la orilla norte del mar de Galilea. Aunque Jesús pasó muchos días en este pueblo, y habría sido alguien que era conocido en el pueblo por sus enseñanzas y sanaciones, como quiera fue una sorpresa cuando un centurión se le acercó para hablarle.

La tensión se apoderó de los discípulos. ¿Quería un comandante de la guardia romana con Jesús? El sol se reflejaba en la espada del centurión que colgaba de su costado y que servía como recordatorio de su poder y posición. Sin embargo, Jesús vio que el hombre estaba claramente preocupado.

El centurión le dijo a Jesús, «Señor, mi sirviente está enfermo en casa y no puede moverse. Tiene mucho dolor».

Sin decir otra palabra, Jesús dijo, «Iré a sanarlo».

En ese momento los discípulos se pasmaron. ¡Un centurión le estaba pidiendo ayuda a Jesús! Debió haber oído lo que se decía sobre Jesús o visto a los hombres y mujeres que él había sanado. Sin embargo, no entendían porque este hombre estaba allí. Tenía el poder del ejército romano, pero se había acercado a Jesús. Podía tener otros sirvientes, pero este le preocupó tanto que pidió ayuda para él.

El centurión bajó la cabeza y respondió, «Señor, yo no merezco que usted entre en mi casa».

Los discípulos estaban confundidos. ¿Qué estaba diciendo este hombre, que tenía posición y poder? ¿Entendía este comandante de la guardia romana quién era Jesús realmente?

El centurión se enderezó nuevamente y dijo: «Solamente di la palabra y mi sirviente será sanado. Yo sé lo que es dar órdenes y lo que es obedecer. Si yo mando a uno de mis soldados que vaya a algún lado, él va. Si le pido a otro que venga, él viene. Si mando a mi sirviente a hacer algo, lo hace».

Jesús se quedó admirado. Este hombre reconocía que Jesús venía de Dios y que tenía el poder y la autoridad de Dios. Jesús pensó en la frase «Solamente di la palabra...» y sonrió.

Jesús miró a la gente que estaba a su alrededor y dijo, «Nunca había visto esta clase de fe en la gente con la que me he encontrado y se supone que esta es la gente que sabe todo sobre quién es Dios y como Dios obra».

Luego, Jesús miró al centurión. Quería darle un abrazo, pero no le pareció apropiado en ese momento. Así que, con ternura en su voz, Jesús dijo «Lo que confiaste en que iba a suceder ya sucedió. Ve y ve». En ese instante, su sirviente quedó sano.



Solamente di la palabra

(basada en Mateo 8,5-10, 13)

Esta semana, utiliza una o más actividades de cada sección para descubrir la gracia y la gratitud junto a tu familia.

Reconocemos la gracia de Dios

- Lean y disfruten de la historia como familia— utilicen su imaginación y hagan preguntas.
- El centurión creyó que Jesús podía sanar a su sirviente. No tuvo que ver para creer. Hagan una caminata de confianza. Tomen turnos para vendar los ojos de alguien y para guiarle por la casa con cuidado de no chocar contra ningún obstáculo. Reflexionen sobre cómo se siente el confiar sin poder ver.
- Reflexionen en familia sobre por qué Jesús se admiró ante la fe del centurión.



Respondemos a la gracia de Dios

- Hagan un diagrama de Venn usando dos círculos entrelazados. En un círculo, hagan una lista de las características que describen al centurión. En el otro círculo, escriban características que describan a Jesús. En el área donde se entrelazan los círculos, escriban palabras que describan tanto al centurión como a Jesús.
- Hagan una búsqueda de información sobre los centuriones romanos. Hagan un dibujo. ¿Por qué se sorprendieron los discípulos al un centurión querer hablar con Jesús?
- El centurión entendió que lo que dijo Jesús sería realizado porque Jesús tenía una autoridad como la suya al ser líder de los soldados. Participen de un juego de «Simón dice...». Podemos confiar en lo que Jesús dice, como el centurión lo hizo.

Celebramos en gratitud

- Jesús se admiró ante la fe del centurión. Participen de un experimento científico que causa admiración. Coloquen un círculo ancho de caramelos masticables de frutas cubiertos de caramelo en un plato blanco. Viertan leche en el centro de los dulces hasta que llegue a la mitad de los dulces. Miren lo que sucede. (Nada extraordinario.) Repitan el experimento con agua en lugar de leche. ¡Es asombroso!
- Presten atención a los actos de asombrosa fe que suceden durante la semana. Escríbanlos o hagan un dibujo. Pónganlos en un lugar en donde la familia pueda celebrar estos actos de fe.
- Hagan esta oración o una similar cada día de esta semana:

Dios, ayuda a que tengamos una fe tan asombrosa y admirada como la del centurión y que creamos en tus palabras. Amén.